

MEMORIAS DE UNA PRIMAVERA REBELDE EN CHILE

Isabel Piper Shafir¹
Universidad de Chile

Introducción

He empezado este texto muchas veces en las últimas semanas. En principio no es una tarea difícil. Se trata de hacer una crónica de un proceso social del cual estoy siendo parte y sobre lo cual no hemos dejado de pensar y hablar colectivamente en los últimos meses. Sin embargo, cada vez que me siento a escribir sucede algo que interrumpe mi relato haciendo dudar de mi narración. La intervención desafortunada de algún personaje del gobierno, la aprobación de más leyes que criminalizan la protesta, un cambio en las estrategias represivas de carabineros (la policía chilena), una manifestación popular que sorprende, y más heridos/as, más muertos/as, más destrucción o cualquier otra cosa difícil de imaginar. Me parece que cada vez que hago el relato lo construyo de manera distinta estableciendo diferentes ejes de análisis, distintos hitos, interpretaciones y por supuesto diferentes apreciaciones de futuro. Esto es válido para cualquier práctica de memoria que, tal como las entiendo, son acciones que realizamos en el presente construyendo sentidos de pasados que

¹ Doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona. Académica. Docente, Investigadora del Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Coordinadora Programa Psicología Social de la Memoria, Universidad de Chile. Miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO. Coordinadora (junto con la Dra. Pilar Calveiro y Ana Cacopardo) del Grupo de Trabajo de Memorias Colectivas y Prácticas de Resistencia de CLACSO. Investigadora en el campo de la memoria colectiva, violencias políticas y resistencias en Chile. Sus últimas investigaciones sobre el tema han sido sobre memorias de los usos de las violencias como forma de lucha política en la Transición a la Democracia en Chile, y memorias de las violencias políticas de Estado construidas por distintas generaciones de activistas sobre periodo 1973-2013, y lugares de memoria en Chile.

nos permiten comprender los hechos actuales que nos impresionan, nos emocionan y nos interpelan. Este relato es una acción de memoria construida a partir de mis experiencias de lo que está ocurriendo en Chile. Se alimenta de lo que vivo, observo y escucho; de las conversaciones que sostengo con gente cercana; de lo que leo en la prensa y sobre todo en las redes sociales; de los miles de videos que circulan; de los grafitis e imágenes que han convertido a las calles de Santiago en un museo al aire libre. Como todo relato de memoria, constituye un punto de vista de la memoria colectiva. Es parcial, contingente, profundamente afectivo y en ningún caso busca constituirse en la verdad de lo que ocurre.

La rebelión de octubre

Se acerca el fin del año 2019 y Chile cumple casi 11 semanas de una rebelión popular intensa, sostenida, diversa y expandida en sus territorios. Nadie ha podido vivir ajeno/a a ella. Se hace presente en las calles, en las plazas de pueblos y ciudades, en escuelas y universidades, en caminos y carreteras, en puertos y minas, e incluso en los centros comerciales de las zonas más ricas. Es una experiencia inédita en nuestro país por su amplitud, pluralismo, autonomía y duración.

El malestar y la indignación que se expresan hoy en las calles no son nuevos, como tampoco lo son los múltiples y plurales movimientos sociales que en los últimos años los han señalado y transformado en demandas por derechos como la educación, la salud, las pensiones, el medio ambiente y la autonomía de territorios, entre otros. Estos han sido sistemáticamente desoídos y fuertemente reprimidos por los cuatro presidentes y la presidenta que han gobernado el país después del fin de la dictadura cívico militar, que terminó (al menos formalmente) en marzo de 1990. Aunque el descontento y la protesta no son algo nuevo para quienes estuvieron dispuestos/as a ver y oír, sí lo es la confluencia de todos estos movimientos y manifestaciones en un gran levantamiento popular que no es liderado por ningún partido, institución ni fuerza política.

Los relatos sitúan el origen del levantamiento social en la protesta de los y las estudiantes secundarios/as ante el alza del precio del pasaje del metro. Durante la semana del 14 de octubre y liderado por los y las jóvenes, se realizaron evasiones masivas del pago de dicho pasaje bajo el slogan *evadir, no pagar, otra forma de luchar*. La respuesta de las autoridades fue – una vez más – el uso de la represión y la criminalización de la protesta, persiguiendo de manera desmedida una acción que contaba con la simpatía de una parte importante de la población. El uso desenfrenado de la violencia policial no es algo nuevo en nuestro país, de hecho nunca ha dejado de ser una práctica sistemática de respuesta a las manifestaciones sociales. Sin embargo, esta vez el miedo a la represión dejó de funcionar como una forma de control. Más adelante volveré sobre este tema, por ahora diré que operó

como un gatillo que llevó a familias enteras a ocupar las calles denunciando la violencia policial, y protestando no sólo por el alza del precio del metro, sino por un modelo económico que pese a sus buenos índices macroeconómicos, ha generado enormes desigualdades, enriqueciendo a unos/as pocos/as a costa del empobrecimiento de las mayorías.

El malestar se convirtió en ira por las promesas incumplidas de la transición a la democracia, que pese a prometer libertad, fortaleció un sistema político fuertemente restringido, basado en la constitución política elaborada por el gobierno de Pinochet. Una democracia tutelada por las fuerzas armadas y policiales que actúan sobre la disidencia defendiendo el modelo económico y el orden social heredado por la dictadura, interviniendo frente a cualquier posible amenaza con el uso de una violencia que es amparado por un amplio margen de impunidad que le otorga la ley y le garantizan las autoridades. *No son 30 pesos sino 30 años*, dicen los y las manifestantes anclando su descontento en las memorias de la postdictadura. Son memorias indignadas que se constituyen en motor de una resistencia que es múltiple, y que recuerda con dolor y rabia las deudas, la competencia y el individualismo extremo que vivimos día a día, las pensiones miserables, la falta de agua, el alto precio de la luz, la salud y la educación, el trato violento y degradante por parte de quienes se saben dueños/as del país, la discriminación a toda forma de diversidad, la imposibilidad de las mujeres para decidir sobre el propio cuerpo, la violencia contra el pueblo mapuche, etc. La lista es enorme y se convirtió en grito de protesta, en cartel que se expone en las manifestaciones, en grafitis y pintadas con las que hoy hablan los muros de nuestras ciudades.

Las autoridades políticas, sobrepasadas por un clamor popular que parece no detenerse ante nada, respondieron decretando Estado de Emergencia², llenando las calles de militares con el fin de defender el orden público, levantado como el principal valor de la democracia y el estado de derecho. La presencia de las Fuerzas Armadas con sus armas de guerra ocupando los espacios públicos, el toque de queda, el sonido permanente de helicópteros y disparos, las detenciones arbitrarias, los y las desaparecidos/as, muertos, heridos/as y torturados/as fueron la respuesta del Estado. Pese a ello las manifestaciones continuaron.

La rebelión empezó en octubre 2019 y no da señales de terminar. En estos meses han pasado cosas muy interesantes y hermosas, así como otras muy terribles y siniestras. La recuperación de las organizaciones territoriales, la realización sistemática de asambleas auto convocadas en las cuales al principio se conversa sobre el estallido social y la

² El estado de Emergencia, que permite el Toque de Queda y entrega el control del orden público a los militares, estuvo vigente entre el 19 y el 27 de octubre. Después de eso, pese a las amenazas, no se ha vuelto a decretar, aunque sí opera un estado de emergencia y toques de queda de facto aplicados con una fuerte marca de clase en sectores más empobrecidos del país, y en territorios donde la resistencia es más fuerte.

represión, y luego se pasa a debatir en torno a las condiciones de vida y posibilidades de transformación, para derivar rápidamente en torno a la necesidad de una nueva constitución y los mecanismos para su elaboración. Las personas hablamos cotidianamente de la realidad del país. Se habla en el transporte público, en las plazas, en las reuniones familiares y en las tiendas. Mucha gente comenta que por primera vez conoce a sus vecinos/as. Las calles vuelven a habitarse. Se hacen comidas y fiestas comunitarias, se hacen performance en espacios públicos, se baila, se canta, se hacen asambleas y todo tipo de actos político culturales. Se hace memoria colectivamente. Se habla de la dictadura, de los miedos de quienes vivieron su violencia y la vuelven a sentir, de la generación de los sin miedo – como se definen a sí mismos/as los y las jóvenes desde que se iniciaron las movilizaciones por la educación en el año 2011. Se piensan el pasado y el presente en relación permanente. Se hace en la calle – y mucho mejor – lo que investigadores/as de las ciencias sociales y humanas llevamos años intentando en textos y debates académicos.

Muchos sitios de memoria se dedican a pensar y apoyar las movilizaciones. Londres 38 – por ejemplo – que es un espacio de memoria construido en un ex centro de detención y tortura localizado en el centro de Santiago – funciona como centro de atención de heridos. En Villa Grimaldi – parque por la Paz – y José Domingo Cañas se realizan actividades culturales, de solidaridad y reflexión. Eso solo por dar algunos ejemplos de cómo se han encontrado las preocupaciones por el pasado con las del presente, las acciones de memoria con las de resistencia.

Mientras tanto el Estado sigue reprimiendo y lo hace con ferocidad y sin tregua. La policía usa diversas estrategias violentando cada día con mayor fuerza a los y las manifestantes. Aunque el Estado de Emergencia no está vigente de manera oficial, se produce de hecho a través del bloqueo y sitiamento³, por parte de la policía, de los espacios habituales de la protesta, y de la negación del derecho a la reunión. El toque de queda es un hecho en sectores marginales de las ciudades, cuyo acceso es bloqueado a través de la suspensión – sistemática pero discrecional – del transporte público. Hasta la fecha han habido cuatro organismos internacionales de Derechos Humanos que se han pronunciado señalando que estos están siendo reiteradamente violentados. Los informes de Amnistía Internacional⁴, de Human Rights Watch⁵, de la Corte Interamericana de Derechos

³ Le llaman *Estrategia de Copamiento Preventivo* y forma parte de la Política de Tolerancia Cero. Busca evitar que la gente se llegue a reunir para protestar a través de tres elementos: ocupación del espacio por la policía con la presencia anticipada de un número enorme de policías de las fuerzas especiales (más de mil) a pie, a caballo y en moto, así como decenas de vehículos antidisturbios; barreras metálicas que impiden el acceso y el tránsito por el lugar; infracciones de tránsito apelando a la ley 185 que obliga a cumplir en forma inmediata cualquier orden de carabineros. Esta estrategia, aplicada desde mediados de diciembre, ha producido un enorme incremento de la violencia, heridos/as y la muerte el viernes 27 de diciembre de Mauricio Fredes, hombre de 33 años que murió por asfixia por sumersión, después de haber recibido el chorro del carro lanza agua.

⁴ El Informe de Amnistía Internacional llamando a la reforma policial en Chile se puede consultar en <https://www.amnesty.org/es/documents/amr22/1262/2019/es/>

Humanos⁶, y de la Oficina del Alto Comisionado de Derechos Humanos de las Naciones Unidas⁷, han sido negados y/o deslegitimados por el gobierno de Sebastián Piñera, quien ha entregado un reiterado y firme apoyo a la policía y sus acciones.

Los eventos de violencia registrados por los organismos nacionales aumentan a diario y las cifras son terribles. El 30 de diciembre, el Instituto Nacional de Derechos Humanos, cuyos registros semanales son conservadores, reportan 3.583 personas heridas, 9.589 personas visitadas en comisarías (lo que hace pensar que el número de detenidos/as es aún mayor), 1.549 vulneraciones denunciadas (por violencia sexual, uso excesivo de la fuerza en detención, o por tortura y tratos crueles).⁸ El día de hoy, se habla de 29 muertos/as, ya sea directamente por acción policial o militar, estando detenidos/as, o en el contexto de la rebelión. Una cosa que ha horrorizado especialmente es la política sistemática de mutilación ocular. Más de 350 personas han perdido hasta ahora la visión por que la policía dispara directamente a la cara con balines, perdigones o bombas lacrimógenas. También la violencia sexual, especialmente dirigida a jóvenes. Los disparos, carro lanza aguas, gases tóxicos de distinto tipo, torturas, mutilaciones, violaciones, persecuciones y asesinatos se han convertido en algo cotidiano.

Frente a represión, se organiza la resistencia. La Primera Línea se ha transformado en un símbolo de las movilizaciones y circulan en las redes sociales y en los medios de comunicación múltiples imágenes, testimonio, crónicas e incluso comics. Mientras los medios de comunicación tratan a sus participantes de vándalos y delincuentes, para los y las manifestantes son héroes a quienes hay que agradecer y homenajear. Se trata principalmente de jóvenes que, provistos/as de escudos hechizos (tapas de alcantarillado, trozos de madera, cubos de lata u otros objetos), se sitúan en puntos estratégicos entre la policía y los y las manifestantes con el fin de detener lo que la policía dispara y el chorro del carro lanza aguas que contiene químicos dañinos. Se les llama Escuderos/as. Les acompañan los y las Bomberos/as que toman las bombas lacrimógenas con sus manos y las desactivan introduciéndolas en recipientes con agua y bicarbonato. Luego están quienes lanzan piedras, trozos de cemento u otros objetos que les entregan quienes están encargados/as de reunir dichos materiales. También están quienes comparten agua con

⁵ El Informe de Human Rights Watch que monitorea la situación de Derechos Humanos en Chile se puede consultar en <https://www.hrw.org/es/news/2019/11/26/chile-llamado-urgente-una-reforma-policial-tras-las-protestas>

⁶ El Informe de la Corte Interamericana de Derechos Humanos puede consultarse en <http://www.oas.org/es/cidh/prensa/comunicados/2019/317.asp>

⁷ El informe de las Naciones Unidas sobre la misión a Chile puede consultarse en <https://acnudh.org/chile-informe-describe-multiples-violaciones-de-derechos-humanos-y-llama-a-reformas/>

⁸ Este reporte se actualiza semanalmente y puede ser consultado en la página web del Instituto Nacional de Derechos Humanos: <https://www.indh.cl/>

bicarbonato para compartir los gases lacrimógenos, y los y las voluntarios de salud que atienden heridos/as. Se trata de una resistencia espontánea en sus inicios, que ha ido alcanzando grados importantes de organización. Es una acción colectiva: unos/as enfrentan, otros/as hacen barricadas, otros/as juntan materiales, otros/as llevan agua y comida, otros/as atienden heridos/as. Construyen con sus cuerpos una barrera que permite que la manifestación sea posible mientras ellos y ellas detienen la embestida de la violencia policial. Usan la violencia de una manera muy distinta a lo que recordamos de las luchas armadas de otras épocas, pues no forman parte de un proyecto que busca tomar el poder y hacer una revolución. Las barricadas, molotov, piedras y palos se utilizan como una estrategia defensiva que busca resistir los embates policiales y sobre todo, hacer posible la protesta popular.

Cada día, la Primera Línea está en las plazas luchando por defender espacios públicos que desde octubre son reconocidos y sentidos como espacios plenamente ciudadanos. En Santiago, el lugar emblemático es la ex plaza Baquedano, re bautizada durante esta rebelión como Plaza Dignidad. Sin embargo, el centro de la ciudad no es el único lugar de manifestación. Hay diversos *centros* y las calles de las ciudades y pueblos son ocupadas en forma casi permanente. Todos los días, durante el día entero, hay manifestaciones en diversos lugares del país.

Mientras las calles son ocupadas por manifestantes plurales y con demandas diversas, se realizan encuentros, reuniones, asambleas territoriales y los llamados Cabildos Abiertos. Estos constituyen una estrategia de consulta popular que, promoviendo reflexiones de carácter local en torno a la actualidad, tienen como meta recoger en forma participativa, diagnósticos y propuestas de cambio social. Existe una propuesta de metodología con el fin de permitir la sistematización de la información para construir un relato nacional.⁹ Esta fue elaborada por Unidad Social, que es una agrupación de movimientos sociales, federaciones de estudiantes y sindicatos, con más de 150 organizaciones y, aunque no está exenta de tensiones y cuestionamientos, se ha convertido en un referente importante. Aunque la metodología propuesta por Unidad Social ha sido utilizada por cientos de cabildos, cada espacio auto convocado ha ido definiendo sus mecanismos de participación, sus objetivos e incluso como denominase (cabildo, asamblea territorial, mesa de trabajo, etc.), y estos han ido tomando distintas formas en función de sus contextos locales de realización. Las diferencias son tan enormes que no me atrevo a aventurar una descripción que, sin duda, contribuiría a construir un relato homogéneo de una práctica que es plural y diversa. Sin embargo, es posible afirmar que la mayoría de los encuentros se realizan en espacios públicos, constituyendo un gran quiebre en la cotidianeidad de los y las chilenos que llevábamos demasiados años viviendo encerrados en

⁹ La propuesta metodológica está disponible en <https://unidadesocial.cl/metodologia-de-los-cabildos/>

nuestras casas y lugares de trabajo, usando nuestro escaso tiempo libre en centros comerciales y supermercados. La vida colectiva pasó a sustituir al individualismo, y esto es vivido y reconocido como uno de los grandes triunfos de la rebelión.

Basta salir a la calle y observar los carteles que portan los y las manifestantes, leer los grafitis pintados en las paredes o ver los anuncios y carteles pegados en ellas, para notar que las demandas son muy diversas y plurales, como también lo son los sujetos que las manifiestan. Ya mencioné algunas de ellas al principio de este texto, pero ahora vuelvo al tema para señalar dos cosas. La primera es que, aunque no siempre hay una oposición explícita al neoliberalismo, la articulación conjunta de las demandas constituye una crítica y una negación activa a dicho modelo. El motor de la acción no parece ser en la mayoría de los casos una opción racional o un proyecto ideológico. El motor de lucha parece estar en la memoria colectiva que es profundamente afectiva. Por una parte, son las memorias de abusos y precariedad, de violencias y de miedos, de promesas incumplidas y frustraciones acumuladas, de cambios con letra chica que finalmente resultan ser más de lo mismo, de una dictadura que pareció no abandonarnos totalmente y de una transición que en vez de llevarnos a un país mejor, profundizó un modelo injusto y autoritario; de la falta de legitimidad de una clase política que está cada vez más alejada de las sensibilidades y demandas populares. Por otra parte, son las memorias de otras luchas y resistencias, de prácticas de solidaridad y organización colectiva. Recordamos las largas y sostenidas luchas del Pueblo Mapuche cuyas banderas configuran una parte importante del paisaje de la protesta actual; recordamos las luchas feministas que performan sus denuncias y demandas en intervenciones que están dando la vuelta al mundo; recordamos que fueron las valientes y sostenidas protestas de los años ochenta lo que permitió recuperar la democracia, y un largo etcétera de experiencias que nos han enseñado que no estamos condenados/as a la violencia, ni tampoco al modelo económico y social que nos legó la dictadura.

Esto último me lleva al segundo elemento que quisiera señalar, y es que la diversidad de voces ha encontrado un eje articulador en la demanda por una Asamblea Constituyente. Se trata por un lado de terminar con la constitución política elaborada por el gobierno cívico militar de Pinochet que dejó un sistema social, económico y político que parecía – hasta hace unos meses – imposible de transformar. Pero también se trata de elaborar una constitución que sea de todos/as, que se construya en forma participativa y democrática sin las trampas y las condiciones que nos imponen las instituciones actuales. El 15 de diciembre, se realizó una consulta ciudadana organizada por municipalidades de todo el país en la que participaron casi dos millones y medio de personas. 92% de ellas se manifestaron a favor de una nueva constitución, y un 71% afirmó que el mecanismo debería ser una Convención Constituyente¹⁰. La pregunta usó el término Convención

¹⁰ Los resultados se pueden consultar en <https://www.consultaciudadana2019.cl/>

Constituyente y no Asamblea Constituyente y eso remite al *Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución* firmado un mes antes por algunos/as parlamentarios/as.¹¹

Mientras el pueblo se encuentra desarrollando un proceso constituyente en el que se plantea la importancia de elaborar una nueva constitución legítima (a diferencia de la actual surgida en dictadura) a través de una Asamblea Constituyente libre, soberana, democrática y representativa; mientras se manifiesta masivamente y a diario demandando una transformación social profunda; y mientras sufre sistemáticamente la más brutal violencia por parte del Estado, la clase política establece un acuerdo. Este es firmado por presidentes y miembros de partidos en un contexto de fuerte amenaza del regreso de los militares al control de las calles, ya sea por un decreto de Estado de Emergencia o por un Golpe de Estado. A través de la prensa, se presenta con orgullo la negociación de una nueva salida que incluso es llamada una segunda transición. Luego de un primer punto en el que se establece el compromiso por la paz y el orden público, así como el total respecto a los Derechos Humanos, el pacto establece la realización de un plebiscito en el cual se consultará si cambiar o no la actual constitución, y por el mecanismo para hacerlo. Las alternativas a presentar son: Convención Mixta Constitucional (integrada en partes iguales por parlamentarios/as en ejercicio y miembros elegidos/as para la convención) o Convención Constituyente (constituida por la totalidad de miembros elegidos/as).

Después de un primer momento de desconcierto en el que se observa un acuerdo por la paz que no trae consigo la disminución ni mucho menos el cese de la violencia represiva, otra vez la memoria colectiva – esta vez del plebiscito de 1988 y del pacto transicional – permitió leer críticamente lo pactado sin la participación de la ciudadanía activamente movilizadora. La memoria contribuyó a comprender claramente cómo la demanda por una Asamblea Constituyente se diluyó en una fórmula engañosa, llena de trabas y trampas que prometen conducirnos nuevamente por un callejón sin salida cuyo horizonte es un cambio constitucional que no ponga en riesgo al modelo, y las movilizaciones continuaron.

¹¹ https://www.camara.cl/prensa/noticias_detalle.aspx?prmId=138442

No volveremos a vivir con miedo

El enorme despliegue de violencia represiva por parte del Estado ha sido acompañado de diversas estrategias de producción de miedos que apelan a las memorias de la Unidad Popular, del Golpe de Estado de 1973 y de los años de dictadura militar que le siguieron. Mientras las primeras buscan legitimar la intervención militar, las segundas buscan sofocar la rebelión provocando un miedo que históricamente ha mostrado la posibilidad de paralizar la acción política.

La memoria hegemónica de nuestro pasado reciente se ha construido en torno a la idea de que la responsabilidad por el golpe y la dictadura, la tiene la excesiva politización y polarización de la sociedad, la defensa de las utopías de transformación social, y la oposición radical al orden social establecido. Esta narrativa operó como fundamento del dispositivo transicional, señalando que la memoria nos muestra que la politización y las utopías son peligrosas, y que intentar hacer cambios estructurales no puede sino acabar mal. Esta versión hegemónica del pasado nos ha constituido como sujetos temerosos; ponemos la prudencia por sobre los deseos, y la resignación práctica por sobre las utopías.

El poder de la transición que sacaría a Chile de la dictadura estuvo en su promesa de paz, de justicia y de libertad. Ninguna de las cuales se cumplió. La postdictadura creó instituciones que le otorgaron legitimidad a la violencia represiva del Estado que, aunque nunca dejó de existir, sí cambió de forma y se amparó en el discurso del orden público y de la importancia de la seguridad ciudadana. La dictadura naturalizó la posibilidad de la tortura, el dolor extremo y la muerte, como parte inherente a la acción política, y eso nunca dejó de ser real. Todo esto se mostró claramente después del 18 de octubre, recordando a chilenos y chilenas lo que puede suceder a quienes desafían el orden social, y lo hizo golpeando, torturando, mutilando y asesinando.

Pero nuestro pueblo – que recuerda muy bien lo que significa sufrir la represión política y vivir con miedo – rompió el mecanismo de control y paralización de esas memorias. Lo hizo resistiendo y apelando para ello a otros recuerdos que son las de luchas antiguas y recientes, que nos han mostrado la fuerza y el placer de la acción colectiva, de la solidaridad, de habitar nuevamente nuestras ciudades, de recuperar la esperanza de soñar y el entusiasmo activo de luchar por un mundo mejor. Nuestra sociedad está recordando, repitiendo e inventando diversas formas de resistencia a los mecanismos de dominación propios del neoliberalismo, y eso está acarreado mucha violencia. Pero la experiencia de formar parte de ese cuerpo colectivo es lo que permite transformar el miedo en un motor de lucha, y reescribir nuestras memorias en clave de solidaridad y esperanza, *hasta que la dignidad se haga costumbre.*